

MEMORIAS DE PABLO NERUDA

Por José Angel Buesa.

Alguien nos había anticipado que “Confieso que he vivido” (Memorias de Pablo Neruda), era un libro pésimamente escrito, con una específica finalidad de propaganda política, una sobrecarga de vanidad y un maligno ensañamiento en el rencor y en el insulto. Pero no era cierto. Al menos, no era absolutamente cierto.

En ese volumen de 512 páginas hay graves incorrecciones —hasta gramaticales—, pero no hay que olvidar que el texto no pudo ser revisado por su autor, ni siquiera para librarlo de algunas evidentes erratas. Hay propaganda, sin duda, aunque esas páginas, a veces, dan la impresión de otra caligrafía, de un zurcido con distinta aguja. Hay vanidad también, pero ya sabemos que Neruda no fue nunca un hombre modesto, ni era obligatorio que lo fuera. Y, finalmente, hay vocabulario agresivo, aunque más bien de riposta. Pero nada de esto debe entenderse como una fórmula crítica de atenuación, para una defensa, sino un equilibrio de equidad para el más limpio señalamiento de cosas peores.

En este libro hay páginas realmente memorables, de poderosa escritura poética. El mejor Neruda asoma con frecuencia en su estilo, ese fulgurante estilo de bruscas síntesis, metafórico y directo a la vez, con su carga de extrañas materias

verbales y sus aletazos de cóndor ciego. Y todo está bien mientras su pluma se recrea en esa atmósfera irreal. Pero se trata de un libro autobiográfico, con fechas, hechos, personas y lugares reales. Y lo poético no pasa de ser una retórica de entreactos, necesariamente..

Hay también contradicciones flagrantes, de carácter no sólo excusablemente político, ya que la política es una actividad contradictoria, sino poético —cosa imperdonable en un poeta, y más aún, en un gran poeta—. Pero ese es el terrible dilema de los “poetas comprometidos,” entre la sinceridad de su expresión y la insinceridad de sus consignas. Y sucede entonces que una melancólica confesión se les escapa, como a pesar suyo, con su “verdadera verdad.” Y eso ocurre en la página 75 de las “Memorias,” cuando Neruda se refiere a sus “Veinte Poemas de Amor”: “Creo que no he vuelto a ser tan alto y tan profundo como en aquellos días.” Y, después de esa admisión, tan espontánea y tan cierta, poco importa la teórica justificación del “arte dirigido” en la página 370: “En buena parte de mi obra he querido probar que el poeta puede escribir sobre lo que se le indique, sobre aquello que sea necesario para una colectividad humana”. Y añade: “Nunca se perdió la libertad con eso.” Pero lo cierto es que generalmente se pierde la Poesía, además de la Libertad.

Más grave —y más próxima— es la contradicción entre dos afirmaciones: En la página 368, Neruda escribe: “El poeta que no sea realista, está muerto.” En la 403: “En cuanto al realismo debo decir, porque no me conviene hacerlo, que detesto el realismo cuando se trata de la poesía.” Es cierto que, a continuación de lo primero, en la página 368, añade: “Pero el poeta que sólo sea realista, va muerto también.” Sin embargo, la reticencia poética en contra de lo político se define perfectamente en la segunda cita, que subrayamos ahora: “Debo decir, porque no me conviene hacerlo..”. Esto significa que Neruda admite que su opinión contradice el dogma marxista aplicado a la Literatura. Y aunque no menciona específicamente la inducción “versolibrista” del mismo dogma, sí parece aludir a

sus peores resultados en la página 369: “Es claro que el oficio de poeta está siendo un tanto abusado. Salen tantos poetas noveles e incipientes poetisas, que pronto pareceremos todos poetas, desapareciendo los lectores.”

Las contradicciones de índole política son evidentes también. En la página 453 afirma: “Los sobrevivientes de una guerrilla no pueden dirigir un estado proletario por el solo hecho de ser más valientes, de haber tenido mayor suerte frente a la muerte o mejor puntería frente a los vivos.” Diecisiete páginas antes, en la 438, relata cierta entrevista, en Caracas, con Fidel Castro, a quien colma de elogios... “Oyéndolo hablar ante aquella multitud, comprendí que una época nueva había comenzado para América Latina”, dice textualmente. Pero también refiere el incidente del fotógrafo a quien Fidel Castro le arrancó de las manos la cámara con que acababa de retratarlo en compañía suya. Luego menciona “La Carta de los Cubanos,” que Neruda califica de “célebre y maligna,” donde se le acusaba de sumisión al imperialismo y de traición al comunismo. Y en la página 446 señala: “Algunos de los escritores cuyos nombres aparecieron estampados al pie del injusto documento, me han hecho llegar posteriormente noticias subrepticias: “Nunca lo firmé; me enteré del contenido después de ver mi firma que nunca puse.” Y tal vez se deba a esa circunstancia, puramente política, su reacción poéticamente ilícita de la página 169: “Guillén (el bueno: el español)...” con su alusión negativa a Nicolás Guillén, Presidente de la Sociedad de Autores de Cuba. Por lo demás, ese juicio particular, que sólo puede justificarse por el resentimiento, queda desvirtuado globalmente en las páginas 363 y 364, donde se refiere a los poetas españoles en general —sin ninguna excepción— y declara: “Una sola gota de vino de “Martín Fierro” o de la miel turbia de Gabriela Mistral, los deja en su sitio: muy paraditos en el salón como jarrones con flores de otra parte.”

No obstante, en la página 416, Neruda hace una sinuosa alusión a las cartas que la Mistral escribió —“sin perder su austeridad”— cuando fue propuesta la candidatura de ella al Premio Nóbel, aunque Neruda, por su parte, finge desconocer el

apoyo propagandístico del Partido Comunista, en favor de él. Y esa alusión evidencia un resquemor —hay que reconocer que perfectamente legítimo y justo, aunque poco gentil— por el hecho de que Gabriela Mistral lo anteciedera en la obtención del codiciado galardón sueco.

Tal vez esa —y la de Nicolás Guillén— sean las únicas agresiones literarias rencorosas de todo el libro. Hay, sí, alguna delectación morbosa divulgando anécdotas negativas de Vicente Huidobro, pero, en cambio, apela a seudónimos al referirse a otros persistentes enemigos literarios suyos, como el también chileno Pablo de Rocka, a quien menciona como “Perico de Palothés,” y a Ricardo Pasaeyro, “cierto ambiguo uruguayo de apellido gallego, algo así como Ribeiro”. Y es forzoso admitir que en estos tres casos no hay agresión, sino riposta..

Sin embargo, una de las curiosidades más intensas que puede suscitar un libro de memorias —y más si es de un gran poeta— consiste en la posible admisión de antecedentes e influencias, siempre inevitables en la formación de cada estilo particular, de acuerdo con la predilección de las lecturas. Pero en ese aspecto, Neruda es hermético, de un hermetismo que linda con el disimulo. En la página 369 dice: “Yo no creo en la originalidad.” Luego añade, en la 371: “En los momentos de mayor trance creador, el producto puede ser parcialmente ajeno, influido por lecturas y presiones exteriores.” Y así es, sin duda. Esa es una de las mayores verdades estética de todo el libro. Sin embargo, resulta desconcertante que, en la página 73, Neruda intente demostrar que la indudable influencia poética de Carlos Sabat Escarty sobre “El Hondero Entusiasta”, es puramente fortuita y coincidencial. Tampoco admite ningún otro antecedente, entre los numerosos que se le han señalado, como cierta inicial analogía de “tono poético” con su después turioso contradictor Pablo de Rocka. Y no hace la menor referencia al poema de Tagore que sigue apareciendo como suyo en los “Veinte Poemas.” Pero hay algo más sorprendente aún: En ninguna parte de sus “Memorias”, Neruda menciona para nada a Albert Samain. Da la impresión de que no lo leyó nunca, de que ni siquiera sabía que existió el poeta. Y, sin embargo

—aunque jamás se le haya reprochado por la crítica— esa es la principal influencia de los “Veinte Poemas”. Sobre todo, en el “Poema Veinte” y en la “Canción Desesperada”, cualquiera que haya leído las “Elegías” de Samain, encontrará fácilmente las “asimilaciones de estilo”, en la forma de aislar los versos, en una sugerente incoherencia. Por ejemplo:

No he de decirte nada, sino que yo estoy triste.

Ese verso, que parece escapado del “Poema Veinte,” fue escrito cuarenta años antes, en francés:

Je ne te dirai rien, sino que je suis triste.

Y como ese, podrían citarse otros muchos, procedentes de las “Elegías” de Samain, —no como plagio de ideas o metáforas, sino como derivación de estilo, que es bien visible en la condensación verbal, en la desconexión lógica, en el “punto y aparte,” que ha sido una técnica aparentemente nerudiana. Por lo demás, en la época en que Neruda escribió los “Veinte Poemas”, Samain estaba “de moda”, porque fue cuando se descubrió su influencia— también de estilo, pero en otro aspecto— sobre dos poetas de tanta importancia, en Hispanoamérica, como Leopoldo Lugones y Julio Herrera Reissig. Y es muy difícil que Neruda, buen lector de poetas franceses, hubiera coincidido tan directamente con Samain, sin haberlo leído nunca, —Lo cual hace sospechar que en la redacción de sus “Memorias” tuvo más presentes los ocultamientos beneficiosos que las aclaraciones perjudiciales,— con desdoro de la sinceridad.

En otro ángulo extraliterario de apreciación, es curioso y significativo el incidente que se relata en las páginas 289 y 290: un viaje en tren por la Siberia, un soldado soviético borracho, cascando huevos, y un miliciano que lo reprende con infinita ternura, y se lo lleva “como un hermano mayor.” Y concluye Neruda: “Pensé con amargura en lo que le sucedería a un pobre indiecito borracho que se pusiera a romper huevos en un tren

ecuatoriano". Sin embargo, en la página 436 refiere la "poda" o "supresión" — no se atrevió a emplear la palabra "censura", más exacta— de que fue víctima Gabriel García Márquez, en la traducción rusa de "Cien Años de Soledad"; y, cómo en el incidente anterior de "La Carta de los Cubanos" (pág. 446) con sus firmas apócrifas, no se le ocurrió pensar que en cualquier país capitalista —incluyendo el Ecuador— quedaba, al menos, el derecho de protestar públicamente por la censura y la falsificación. Pero, por lo visto, para Neruda —el político— ocho o diez huevos de gallina eran más importantes que ocho o diez párrafos de un libro, o que ocho o diez docenas de firmas falsas, en un estado comunista.

"Confieso que he vivido", como libro autobiográfico, adolece de largas lagunas y de vaivenes cronológicos. Nos deja sin saber muchas cosas importantes y, en cambio, pormenoriza hasta el cansancio determinadas incidencias secundarias. En lo referente a la autoestimación, es evidente que las concurrencias multitudinarias a sus recitales poéticos, las numerosísimas traducciones, los viajes gratuitos, los ditirambos en veinte idiomas y los lauros académicos, son considerados por él como un reconocimiento espontáneo y natural a sus méritos, que, aun siendo innegables, contaron siempre —aunque él lo calla— con las bien organizadas muchedumbres sindicales y con la entusiasta tipografía del mecanismo publicitario internacional del Partido. Ese es el único reconocimiento que el amor propio —esa lacra burguesa— le impidió publicar en favor de sus camaradas. Y aunque Neruda se esmera en destacar los perjuicios y las penalidades que debió sufrir a causa de su militancia política, no alude siquiera a los innumerables beneficios que obtuvo como compensación.

Pablo Neruda ha sido uno de los grandes poetas del idioma español. Sólo sus propios camaradas políticos han menospreciado alguna vez su obra poética juvenil. Para lo que nunca fuimos camaradas suyos, esa es su obra perdurable. Y, sorprendentemente, el pueblo, para quien él escribió sus cantos políticos, sólo repite sus cantos de amor. Por lo demás, Neruda sirvió al Partido, el Partido sirvió a Neruda, y la verdadera

Poesía andaba por otra parte, —tal vez por “Crepusculario,” por lo “Veinte Poemas,” por “Residencia en la Tierra,” cuando el poeta era únicamente poeta, y no poeta y otra cosa ajena a la Poesía. Porque ser poeta y algo más, es ser algo menos que poeta. Y esa es la última impresión que nos va dejando —un sabor a ceniza, a sal de redes viejas, a raíces pudriéndose— la lectura de las “Memorias” de Pablo Neruda.